

PENULTIMA FUNCION DEL FESTIVAL DE TEATROS UNIVERSITARIOS

"El Senador no es Honorable", por Sergio Vodanovic.

EL CONTRASTE entre la primera y esta segunda presentación del Teatro de Ensayo ha sido tan pronunciado que francamente no quisiéramos comentar nada y dejar pasar el estreno chileno al olvido para que nos suceda exactamente como al senador Lorenzo Cruz, personaje de la obra, quien por salvar afectos y algunas conveniencias sacrifica la verdad que le compete defender.

El primer problema que se nos plantea es éste: La dramaturgia chilena si quiere hacer un teatro "realista" sobre realidades nuestras, debe empezar por usar nuestro lenguaje. Los autores tienen miedo al mal gusto y no se atreven, cuando no se trata de personajes populares, a usar nuestro delirante idioma nacional, con sus desproporciones y elipsis, con sus imágenes y su radiante "pituquería". Todo eso que se oye en los micros, en los radios y en las casas de las niñas bien. En la pieza de Vodanovic, fuera de un par de errores de usos verbales, no sentíamos dialogar a ningún connacional. Creo que es perfectamente posible usar nuestra idiosincrasia lingüística con dignidad artística. Esto es fundamental si se quiere dar ambiente a una obra. Asimismo, hay que acabar con el prejuicio de no nombrar cosas e instituciones nuestras, substituidas por artificios. Acaso en obras extranjeras, ¿no oímos citar las cosas por sus nombres?

Otro problema que se hace patente es el siguiente: Por más que Ortega y otros autores digan que el teatro es espectáculo y otros le resten importancia como género literario, lo esencial del teatro es, ha sido y será el texto literario. Si el texto no tiene un respaldo metafísico, penetración psicológica en los personajes y vuelo poético en las situaciones dramáticas, por más que se desgañiten los actores, la obra no logrará una equilibrada interpretación en las tablas. Fué preciso esperar un acto y medio para que se crease un clima dramático, el cual nos llevó a un desenlace tan discutible y tan inmoral, con el triunfo del espíritu burgués. No se trata de que venciese la "pureza absoluta". Se trata de que el recurso del dolor de elegir es demasiado conocido en el existencialismo literario y la

claudicación del senador Cruz no alcanzó la necesaria grandeza, por falta de desarrollo dramático. La decisión, el cambio de actitud del dichoso senador, careció de fuerza por falta de motivación en escena. Tanto más débil, cuanto despierta al espectador que supone una causa y resulta ser otra.

Al público le debe haber gustado la obra, pues, afirmaba y casi justificaba la tendencia a la claudicación de los principios que alguna vez alentara la juventud. Todos hemos contemporizado alguna vez. Aquí sucedía como con el famoso bolero "Nosotros" que a todo el mundo entusiasmó, porque todo ser humano lleva en su alma algún amor perdido.

Lo grave de la obra es que ningún espectador cree en "la nostalgia de la virtud", porque ese sentimiento no pertenece al alma nacional. La célebre frase de Bloy, tan socorrida en algunos ambientes intelectuales católicos: "No hay más que una sola tristeza; la de no ser santos"; no ha pasado de ser una bella frase de un gran escritor. La nostalgia se parece a las buenas intenciones que, dicen, asfaltan el infierno, y teatralmente no la vimos elevarse, más que en un lamento de soledad bien acompañada. Ese elemento es justificación psicológica. No es valor ético. En la obra no constituyere actitud moral.

Fué interesante observar en la representación el relieve que adquirió el papel del político en la figura y desenvoltura escénica de Justo Ugarte y la lección de disciplina artística de Anita González, al hacer un papel secundario. ¡Cuántos actores hay que son capaces de retirarse de la compañía cuando se les da un rol menor!

No puedo ser más diplomático en estas notas. Es la opinión de un aficionado al teatro. Solicitamos una reposición de "El Tiempo y los Conway", la más completa y acabada realización escénica del Teatro de Ensayo.

ALFREDO LEFEBVRE.